

## EL GATO SOBRE LA MESA

POR DARDO SCAVINO

**A** mi gato le gusta dormir sobre la mesa. Tiene un canasto con un almohadón, tiene un sillón, tiene las camas y otros lugares más mullidos en los que podría descansar. Pero no, vaya a saber por qué, en invierno y en verano, prefiere dormir sobre esa mesa de madera. Si alguien me pregunta dónde está el gato, puedo responderle entonces: “el gato está sobre la mesa”. La persona puede ir a verificar si es así. Verificar, entiéndase: decidir si mi enunciado es verdadero o es falso en función de lo que ve. “Es cierto”, va a decirme, “el gato está sobre la mesa y, como consecuencia, tu enunciado es verdadero”. O al revés: “No, no está sobre la mesa: tu enunciado es falso”. Poco importa. Un especialista de lógica, Alfred Tarski, hubiese dicho que el enunciado “el gato está sobre la mesa” es verdadero si y solo si el gato está sobre la mesa. Y no estaba hablando en broma. Si reducimos una teoría a proposiciones atómicas (del tipo “el gato está sobre la mesa”) y a hechos observables (veo que el gato está sobre la mesa), entonces esa teoría será verdadera.

Tarski y los positivistas podrían replicarle entonces a Nietzsche: “Existen los hechos y no solo las interpretaciones”. ¿Y qué quiere decir que existen los hechos? Muy simple: que miro la mesa y puedo comprobar si el gato se encuentra, o no, encima de ella y decidir, como consecuencia, si el enunciado “el gato está sobre la mesa” es verdadero o falso. Y parece irrefutable. Si se me ocurriera decirle a alguien que “el gato está encima de la mesa aunque no lo veas” o, al revés, “el gato no está sobre la mesa aunque lo veas”, estos enunciados serían absurdos. Los positivistas lógicos pensaban expulsar así fuera de la ciencia, y de los discursos sensatos, los enunciados del tipo “Dios le dio a Moisés el Decálogo en el monte Sinaí”, “María concibió a Jesús sin pecar”, “Mi abuelita está en el cielo”, “Los dragones tienen cinco patas”, “Esta persona tiene malas ondas”, *e così via*. Todos estos enunciados no son ni verdaderos ni falsos porque no pueden verificarse a través de la experiencia.

Pero supongamos que mi enunciado sea verdadero porque la persona va, y verifica, y comprueba que el gato efectivamente está sobre la mesa. ¿Quiere decir que vio ese hecho? No estoy sugiriendo que la persona pudo tener una alucinación o que estaba soñando. No, la persona ve efectivamente el gato y la mesa. ¿Pero qué pasa con eso de “estar sobre”? *Sobre*, en español, significa *encima de* y cuando recurro a estas preposiciones estoy sugiriendo que el gato está arriba y la mesa abajo y presuponiendo que el espacio, en consecuencia, tiene una orientación: arriba es el lugar hacia donde suben las cosas; abajo, hacia donde caen. Se trata de un espacio aristotélico o ptolomeico con la Tierra en el centro y el Sol y la Luna arriba, en el cielo de los astros, y en el que resulta difícil explicar por qué el gato no se “cae para arriba”, como el perro pekinés de María Elena Walsh, cuando se encuentra en el hemisferio sur.

Si pudiéramos observar el gato desde la luna, por ejemplo, no veríamos que “está sobre” la mesa sino que está pegado a ella. Y si tratáramos de explicar por qué, y fuéramos newtonianos, diríamos que, gracias a su solidez, la mesa ejerce sobre el gato una fuerza que contrarresta la fuerza de gravitación, de modo que el gato no “está” sobre la mesa, como cuando el verbo estar alude al lugar en el que un cuerpo reposa, descansa o se encuentra. El gato no está en reposo sino más bien en tensión entre dos fuerzas contrarias (lo que no le impide dormir como un tronco). Esto significa que el reposo no es el estado natural de un cuerpo. Es el movimiento (el movimiento rectilíneo uniforme, más precisamente). Y ese movimiento deja de ser uniforme (se acelera o se desacelera) cuando se ejerce una fuerza sobre él. La gravitación acelera el movimiento rectilíneo del gato; la mesa lo desacelera. Si sacáramos la mesa, el gato seguiría su viaje uniformemente acelerado hacia la Tierra; si sacáramos la Tierra, seguiría su movimiento rectilíneo uniforme a través del espacio.

La persona que va a ver si mi gato está sobre la mesa, claro, no ve todo eso. Nadie lo ve. Pero tampoco ve que el gato está sobre la mesa. Ve el gato, ve la mesa, ve que el primero está en contacto con la segunda. Decir que “el gato está sobre la mesa” no es decir lo que se ve: se trata de una interpretación de lo que se ve, como cuando decimos que el “el sol sale hoy a las 7:15”. Nadie niega que la persona vea el sol; nadie niega tampoco que empiece a verlo a partir de las siete y cuarto. El problema es si lo ve “salir”. Es una manera de hablar, claro. Un lenguaje. Y cualquier astrónoma le comentaría esto mismo a su pareja durante el desayuno: “El

sol sale a las siete y cuarto hoy”. Pero no lo haría en su calidad de astrónoma: el sol no “sale”, sencillamente porque, para una astrónoma que habla un lenguaje copernicano, no gira alrededor de la Tierra.

Suele decirse que la ciencia es “contraintuitiva” porque a quién se le ocurría, ¿no?, que mi gato se movería siempre en línea recta, y de manera uniforme, si la mesa no lo frenara. Habría que decir, no obstante, que la ciencia es “contracultural” porque si nos cuesta interpretar las cosas de esta manera, se debe a que formamos parte de una cultura o a que hablamos un lenguaje en el cual las cosas tienden naturalmente a pararse y en el cual hay un arriba y un abajo y cuerpos que suben y caen.

¿Esto significa que mi proposición “el gato está sobre la mesa” es falsa? De ningún modo: es verdadera si mi interlocutor comprueba que el gato está sobre la mesa, como comprueba que el sol sale a las 7:15. Pero comprueba ambas cosas porque comparte conmigo un mismo lenguaje, con los mismos presupuestos. Es verdadera, en consecuencia, porque mi interlocutor interpreta los hechos de la misma manera que yo y que cualquiera que hable este lenguaje aristotélico-ptolomeico (aunque después, en otro ámbito, cambie de lenguaje y escriba para los miembros de la tribu newtoniana). Hay incluso creadores que fundan nuevas culturas científicas y, como consecuencia, nuevos lenguajes o interpretaciones, como cuando Einstein explica que la Tierra no “atrae”, en realidad, al gato, como cuando decimos un imán atrae al clavo, sino que “incurva” el espacio, como cualquier otra masa, de modo que el movimiento rectilíneo del felino se acelera en dirección de la Tierra.

Al filósofo no le interesa demasiado si el gato está o no sobre la mesa cuando alguien dice que está ahí. Le interesa más bien lo que está presuponiendo esa persona cuando profiere ese sencillo enunciado, cuando dice “está” y “sobre”, y acepta implícitamente toda una concepción del movimiento y el espacio. Y puede interesarse además en cómo llegaron a constituirse esas concepciones del movimiento y del espacio, con su cielo y su suelo, con sus ascensiones y sus caídas, con esos cuerpos que tendían a pararse si alguien no les volvía a dar “impulso”. El filósofo sigue practicando así la mayéutica socrática, extrayendo de un simple enunciado todo un conjunto de presupuestos, todo ese mundo del que el hablante está preñado. Y a veces llega a reconstruir incluso la historia de cómo se construyó ese mundo.

En un artículo de *El grado cero de la escritura*, “La utopía del lenguaje”, Roland Barthes decía que el escritor

querría “crear”, en cambio, “un lenguaje libre”, pero que lo recibe “fabricado”. “Como todo el arte moderno, la escritura literaria carga a la vez la alienación de la Historia y el sueño de la Historia”. El escritor vive en un lugar y una época, pertenece a una cultura de un momento histórico preciso, con sus lenguajes o sus interpretaciones. Pero a su vez, como escritor, sueña con un lenguaje cuya “frescura, por una especie de anticipación ideal, figuraría la perfección de un nuevo mundo adánico en el que el lenguaje no se encontraría alienado”. Esta es la utopía del lenguaje, la misma utopía que los lógicos buscaban en Viena u Oxford mientras Barthes escribía, la misma utopía que los llevó a pensar que, si matematizaban la lógica, si la reducían a un conjunto de símbolos universalmente aceptados, que no dependieran de los diversos lenguajes y las diversas culturas, lograrían vencer la maldición de las particularidades históricas y culturales.

Como su nombre lo indica, esa *u-topía* no se encuentra en ningún lado: por donde vayamos, vamos a encontrar lenguajes con presupuestos históricos y culturales. Pero el escritor, como el científico, precisa esa exigencia utópica para revolucionar esos lenguajes y constituir otras tribus. La utopía, como la literatura, es una enemiga de las identidades: aunque hable un lenguaje particular, aunque adhiera a una interpretación específica, nunca se identifica completamente con ellos. Defender hoy esa utopía significa que lo universal no es un lenguaje hegemónico sino, al contrario, una utopía que nos empuja a revolucionar cualquier lenguaje por sobre el imperativo (políticamente correcto) de respetarlos a todos. Defender hoy esa utopía no significa creer que vamos a encontrar en algún lado ese lenguaje que no se encuentra en ninguno; significa que Copérnico, Kepler y Galileo no injuriaron a los ptolomeicos cuando refutaron su interpretación del universo y la sustituyeron por otra, del mismo modo que Darwin no injurió a los creacionistas cuando propuso su teoría de la evolución. Significa que, aunque no encontremos nunca, en ningún lugar, ese lenguaje universal, no tenemos por qué contentarnos con alguno de esos que se encuentran en cualquier lado.



**\*Dardo Scavino**

Filósofo y crítico literario argentino residente en Francia. Egresado de la UBA y profesor de la Université de Pau et des Pays de l'Adour. Premio Anagrama de Ensayo 2018 por *El sueño de los mártires*.